



## I

### LA EXPLOSIÓN INICIAL

La terrible y súbita explosión de Dolores estalló, no directamente por obra y genio de un hombre en momento determinado: fué resultante de los acontecimientos anteriores; fué el sufrimiento de la oprimida y vejada raza que formaban los verdaderos mexicanos de entonces — la clase media, el pueblo — la que tras de la constante acumulación de sus miserias, de su abatimiento y ultrajes, sintiéndose, no sin protesta inconsciente, esclava aún en su hogar — hizo sacudir en la hora fatal los viejos grillos, encarnando el Numen de *Independencia* en un intrépido cura de pueblo!...

¡Instantánea explosión! — Inaudita campaña que se inicia de súbito, sin ejército, sin plan, sin jefes, sin aprestos. No había ideas, no había orden, ni proyecto, ni cálculos, ni proclamas...

La inmensa Opresión que ahoga, aplasta y empieza á hacer crujir una nueva raza que se va sintiendo dueña de su patrimonio nacional, hace vibrar en virtud de infinitas circunstancias históricas, su angustia y su desesperación en los labios del cura Miguel Hidalgo.



Todo fué sentimiento, sensación, pasión; grandes estremecimientos de cólera, de desesperación contra la Pesadumbre tiránica... Todas las amarguras y exposiciones del pueblo que sufre, tomaron trágicas resonancias en el grito de Independencia del sacerdote, del humilde amigo de los oprimidos, que, hijo también de ese mismo pueblo, sufría con sus desgracias que conocía en todo su horror!...

No. No hubo preparación sistemática. El cálculo, la previsión, el orden, el método, el objetivo; en suma todos los elementos que integran un proyecto de insurrección, estaban ausentes... Germinaba en forma de cólera é indignaciones secretas en todos los americanos el anhelo de ser libres en su patria, comprendiendo vagamente que era inicuo é indigno que los españoles venidos de lejanas tierras, insolentes y despotas, tuviesen todos los frutos de la madre tierra que aquéllos ultrajaban, lo mismo que á sus hijos criollos...

Por todas partes surgían sordos murmullos..... y por la atmósfera cargada de nubes tempestuosas pasaban estremecimientos de luz, relámpagos que rasgaban las tinieblas, para extinguirse de pronto, trágicamente...

Eran las palabras que osaban hablar de *Libertad!*... ¡ las primeras palabras!

Hidalgo sabe de todo ese Mal que padece su patria; recoge los ecos de esos dolores, los anhelos de los que han sucumbido... mira en torno, y creyendo que va á sonar la hora, entusiasmado por las ardientes frases de un joven mexicano — Allende — gallardo militar que anhela entrar al combate en lid gloriosa — se decide á ser el clarín de *llamada á las armas*, para la lucha por la *Independencia!*

Y cuando nada hay resuelto aún acerca de la ejecución de la formidable empresa, cuando ni se sueña cómo se principiará semejante campaña; cuando falta todo, desde dinero y caudillos aptos, hasta soldados, descúbrese la conspiración en Querétaro y Guanajuato. ¡ La saña del gobierno virreinal va á desfogarse... principian las prisiones, y corren las órdenes, terribles contra el audaz cura y los suyos!... ¡ Todo abortaba tristemente!... ¿ Era el fin?

¡ Mas no!... ¡ He aquí que surge en tal conflicto el hombre épico que engendrará los grandes acontecimientos! ¡ el decisivo, el fulminante, el improvisado caudillo!

Súbitamente el cura inteligente y bueno, industrioso y reflexivo — pero al fin cura humilde — se transforma en el general de los ejércitos de América que declara la guerra á los reyes españoles, gritando solemnemente en la madrugada del domingo 16 de Septiembre :

— ¡ Viva la América ! ¡ Viva la Independencia ! ¡ Mueran los gachupines !

Este grito concentra un inmenso anhelo y un gran odio estallando en cólera.

Ya desde este instante que debe ser marcado con un punto-sol en nuestra historia patria, porque de allí arrancan nuestras luchas por la Libertad, desaparece el Sacerdote y se alza el Héroe iniciador de la gran idea, el que encarnó todas las aspiraciones de los buenos mexicanos, desafiando el colosal poder de los privilegiados del Gobierno, del alto Clero, de los ricos y de los grandes propietarios territoriales.

Abortado el plan de Hidalgo y los suyos, que proyectaban hacer erguir su levantamiento hasta Octubre, el cura se transforma en general, y desde la madrugada



del día 16 de Septiembre de 1810, obra como militar de inspiración, sin reglas, ni conocimiento alguno, no sólo para poder dirigir grupos de miles de hombres, pero ni siquiera para hacer marchar una escuadra.

Mas precisamente eso lo hace más singularmente grande... comprende con rara intuición los axiomas de la estrategia... se deja abandonar por la corriente de los acontecimientos después del reto á todo el Reino, á sus señores y á su ejército.

Él apenas se daba cuenta de los valiosos elementos de guerra que tenía á su disposición el gobierno virreinal, enormes relativamente, si se considera la inmensa extensión del territorio, habiendo siempre gozado de absoluta paz secular... Por todas las principales poblaciones estaban desparramados los regimientos y batallones provinciales, cuyo personal se integraba por gente robusta y brava, hija de los campos, mezcla de dos razas, mexicanos educados en la disciplina y obediencia al Señor español... mexicanos *realistas* que hasta muy tarde se unirían con sus hermanos los *independientes*. Los jefes y oficiales eran en su mayoría españoles que tenían á gran orgullo servir en las filas...

Hidalgo, sin fijarse en los obstáculos, se abandona á la corriente, después de romper, al eco de su voz, el dique...

Ocho ó diez hombres, veinte sables y lanzas improvisadas, viejos fusiles, unos cuantos machetes y montón de cuchillos, son su núcleo veterano y su armamento... Pero es ya un estratégico; ante todo va á inutilizar, á desarmar al enemigo, aniquilando sin compasión todo lo que sea hostil, aprovechándose de los mismos elementos del contrario.

Va á todas las casas de españoles; los prende y les toma sus armas y caudales en nombre del nuevo gobierno... Faltan brazos y los toma donde los halla al punto, dispuestos para servirle: en la cárcel. Arma á los presos y á los *rancheros* que van llegando de sus haciendas... Manda tocar « á misa », temprano, y cuando se aglomeran en el atrio de la parroquia infinidad de campesinos que idolatran al cura, — arrieros, mineros y peones, — les arenga, diciéndoles que van á conquistar la gloria y la felicidad en la patria de la que son dueños, debiendo arrojar á los duros é injustos amos, los españoles... y como el vehemente cura ya es un caudillo inspirado que se dirige á los que más sufren y son más asolados por el látigo del Señor, removiendo antiguas cóleras en pechos de nobles labriegos... todos le aclaman entusiastas... ¡ y toman las armas! otros montan en sus pequeños caballos... Allende, el único militar, con unos cuantos dragones del Regimiento de la Reina, de los que se encontraban dispersos por las poblaciones de la provincia de Guanajuato, intenta dar jefes y orden á aquellas masas de *plebe* y *rancherada*, á cuyo frente, sin pérdida de tiempo, se ponen los caudillos, emprendiendo el rumbo de San Miguel el Grande, en pos de gente, armas y dinero para la guerra de la Santa Insurrección.

Apenas es creible que en semejantes condiciones, tan pobre, tan aislado, tan viejo, haya podido un cura de aldea, engendrar el colosal ataque contra el tres veces secular Poderío español, levantando ejércitos, haciéndose de recursos enormes, improvisándose él en general, convirtiendo en jefes victoriosos sobre las tropas hispanas á los mayordomos de las haciendas,



arrieros de los caminos y curas de los pueblos... ¡Apenas puede concebirse tal prodigio...!

Pero hay que advertir factores antes ignorados: el malestar general del pueblo oprimido, la justa cólera latente en los pechos de los americanos, por su humillación ejecutada por los privilegios y honores dados á los advenedizos europeos, y todas las ansias comprimidas, de ser libres y soberanos en la tierra que trabajaron sus padres para provecho y lujo del extranjero que los denigra.

Nadie se atrevía á expresar aquella palpitación humana y social... Cuando hubo un caudillo osado, todos los oprimidos volaron á él engrosando su ejército... Llamémosle así aun cuando estaba muy lejos de serlo... No era sino muchedumbre alborotadora, inocente en su tumulto grandioso, pueril, — creyendo ir con sus viejos sables, palos con cuchillos, hondas y lanzas, llevando como jefes *rancheros* ricachos en malos caballos, — á conquistar México, de cuyo trono arrojarían al virrey, para ser gobernados sólo por Hidalgo, echando á los tiranos españoles.

Es preciso caer sobre las poblaciones más ricas y más cercanas, sorprenderlas audazmente sin dar tiempo á resistencia alguna, apresando á los europeos que significaban enemigos, que no darian cuartel, tomándoles sus recursos y armas para el ejército insurgente, cortando los caminos y deteniendo los convoyes al mismo tiempo que se llama á las filas de la insurgencia á todos los que quieran ir á batirse contra los opresores.

Por los caminos la marcha del caudillo es soberbia y triunfal... Ha cundido ya por rancherías, poblachos y haciendas la noticia fabulosa de que todo un mundo

de valientes corre hacia la capital de la Nueva España para arrojar á los españoles... y se unen á las primeras masas, verdaderas muchedumbres delirantes de entusiasmo! Ingenuos rancheros á pie ó á caballo, unos con simples garrotes ú hondas, otros armados de machetes, tranchetes, hoces ó cuchillos de campo; creyendo sencillamente que por su extraordinario número arrollarían las breves y delgadas tropas realistas!

En vano desde un principio intentó Allende, educado en la severa disciplina militar en el Regimiento de Dragones de la Reina, del que era capitán, dar alguna organización jerárquica y cierta disposición para las más simples maniobras, previendo que cualquier grupo de tropas realistas podía desbaratar con una descarga y unos cuantos sablazos aquel enjambre... en vano quiso que hubiese desde luego subordinación y espíritu militar; ¡fueron tareas imposibles á las que tuvo que renunciar por lo pronto!

¿Qué iba á poder hacerse con aquellos labriegos, hijos de generaciones esclavas, embrutecidas en el trabajo mecánico bajo la eterna obediencia ciega y dogmática al amo, por quien hacían fecunda la tierra?

¡Apenas si aquellos hombres que iban con Hidalgo á emprender la más sangrienta y feroz de las campañas, apenas si habían oído la pólvora en las fiestas religiosas, cuando se lanzaban cohetes al aire, cuyo estallido no obstante hacía temblar los sencillos pechos!...

Sin embargo, esos hombres fueron los primeros soldados mexicanos... y pronto ellos mismos ó sus hermanos, — sus hijos ó amigos más tarde, — perdido el estupor del fuego, hicieron prodigios de valor y muchos fueron valientes jefes que hostilizaron á los rea-



listas ó cayeron en los combates, dando su vida á muy alto precio de sangre!

Entre esos primeros soldados mexicanos no debemos olvidar al indio, entonces tan envilecido como hoy por la política de los españoles que lo aislaron considerándolo fuera del linaje humano, embruteciéndole hasta lo último, agregando á sus fanatismos de raza nuevas supersticiones; pero que, no obstante, odiando á su opresor, alentado por la voz de Hidalgo, marchó contento, aunque en numerosas bandas desordenadas, tumultuosas y sin armas.

Comprendió el caudillo con sagaz penetración que era preciso un estandarte, cuya enseña pusiese en conmoción aquellas hordas, para poder llevarlas al combate y á la muerte, y encontró al punto el lábaro que desde entonces fué el emblema de los insurgentes, la augusta y épica Bandera por la que pelearon once años.

En el santuario de Atotonilco vió Hidalgo la imagen de la Virgen de Guadalupe, la Gran Protectora del humilde mexicano, en un estandarte que servía en las pompas religiosas... El jefe insurgente lo tomó colocándolo en la punta de una larga lanza, y enarbolando con brío el lienzo, arengó á las multitudes, diciéndole que la Divina Reina del Cielo aparecida en el Tepeyac para consuelo de los mexicanos, amante de los oprimidos, Amparo de los que tenían valor en la adversidad les iba á dar su patria llevándolos á la Victoria!...

— ¡Ella estará con nosotros siempre que vayamos con valor á las batallas contra los que nos han quitado nuestra patria!... ¡Siempre triunfaremos, y las balas nos respetarán si gritamos con toda el alma ¡Viva la Virgen de Guadalupe!

Aquello electrizó las muchedumbres hasta el delirio.

un griterío atronador estremeció los ámbitos, y desde esa jornada, fué al frente de las masas el estandarte de la sagrada imagen, — símbolo sencillamente augusto, — atrayendo más y más voluntarios á la Nueva Causa.

Hidalgo obtuvo con su clara inspiración inmensas ventajas haciéndose de una bandera que habría de respetar todo el pueblo y todas las castas é indios, la gran masa que soportaba todas las cargas y trabajos impuestos para extraer las riquezas de la Colonia en ventaja de sus ingratos y duros señores extranjeros...

La egregia sombra de la Imagen, en lo alto de una lanza insurgente, dió un prestigio supremo á la causa de la Insurrección que al instante contaba con el apoyo de la Virgen del Tepeyac, — la dulce Reina protectora del pueblo que sufre, de la raza esclava tanto tiempo... Mas ahora que Ella quería que sus hijos fuesen libres, que se cumpliera su sacra divina voluntad. ¡Al combate!...

Desde ese momento Hidalgo no se apartó del sublime estandarte que le dió magna autoridad cual si fuese el elegido para levantarlo en las batallas!

En San Miguel las autoridades y los españoles propietarios y comerciantes, sabiendo la aproximación de Hidalgo, se reúnen para acordar el plan de defensa contando con las dos compañías allí acantonadas del Regimiento Dragones de la Reina; pero su coronel La Canal indica que no cuenta con su tropa, toda mexicana, amante de los capitanes Allende y Aldama, que vienen con Hidalgo y que con él se pasarán. Faltos de este apoyo los españoles, huyen unos y se esconden otros, en tanto que al grito de ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Muera el mal gobierno! entran las masas adue-



ñándose de la población, en la que es imposible contener un principio de fatal saqueo.

Inocentes comentadores de la guerra de Independencia, — aun los que más admiran á Hidalgo, — se indignan beatíficamente contra las atrocidades de sus chusmas, y aun contra él, porque no impedía tales excesos.

¡Qué ingenuidad pretender que aquellas masas de seres, que traían una larga herencia de dolores y vejaciones, se condujeran con perfecta cortesía para con sus verdugos!... ¡Cómo!... Una terrible Revolución que estalla al fin en el pueblo contra los insolentes y privilegiados, — poderosos amos, — una Revolución que principiaba la campaña sin elementos, — sin nada, contra los que todo lo tienen, — había de hacer que los desnudos plebeyos y los miserables *rancheros* obrasen con dulzura!... ¡Oh! no... ¡Sonaba la hora de las justas venganzas, era el instante de las represalias y éstas debían ser atroces!... Todo español era necesariamente un enemigo que había que prender decomisándole sus armas y bienes... No podía ser de otro modo.

Hidalgo en San Miguel aumentó considerablemente sus recursos, armamento y fuerza; entrando con valiosísima adquisición, las dos compañías del Regimiento de la Reina, cuyos soldados se encargaron de dar nociones militares á los voluntarios mejor armados.

Mandó construir armas, lanzas sobre todo, las que se improvisaban con un palo con un hierro aguzado en el extremo.

Decomisó un buen número de barriles de pólvora destinados á las minas de Guanajuato y cargas de comestibles con igual destino.

Durante los días 17 y 18 arregla el gobierno civil de su primera población conquistada, y pomposamente, rápido, dirígese por los caminos que conducen á Querétaro, al frente de cerca de diez mil hombres. Iba primero la compacta infantería, — unos dos ó tres mil indios con hondas, provisiones de piedras, flechas y garrotes con hierros á guisa de lanzas ó picas, — en seguida la caballería, más numerosa y heterogénea, *rancheros* y *peones*, arrieros y aventureros de los caminos, armados de machetes y lanzas más largas y perfectas.

Los principales y más inteligentes jefes seguían á la caballería; cerrando la retaguardia, como sólida reserva dispuesta á defender ágilmente aquellas enormes masas incapaces de maniobrar aún, — fácil presa del enemigo que pudiera presentarse, — las dos compañías del Regimiento de la Reina; no obstante que muchos de sus dragones habían sido hechos jefes de improvisadas secciones en el grueso de aquellas huestes.

El plan de Hidalgo por el momento era embestir Querétaro con un golpe de mano que le sorprendiera antes de que recibiese fuerzas para defenderse. Excelente idea si se hubiera podido efectuar con rapidez. Querétaro es la llave de todas las puertas del *Interior*; es un centro estratégico de primer orden. Ciudad que rebosaba elementos cuantiosos, situada en el cruce de todos los caminos que surcan el vasto territorio; punto en que se cortan infinitas vías de comunicación, populosa villa levítica, ostentando sus cien templos y sus cien conventos erizados de hermosas y fuertes torres.

Tomar Querétaro era iniciar con maravilloso golpe de audacia la mortal campaña, apoderándose de millones de pesos, una ciudadela y almacenes, ce-



rando todas las comunicaciones hacia México y el Interior!

En Chamacuero sabe Hidalgo los aprestos de resistencia que hace la rica ciudad; comprende que el virrey haya enviado cuantas tropas tuviera al instante á mano... y con loable prudencia descabeza su columna, cada vez más numerosa, rumbo á Celaya, para dirigirse hacia una presa más fácil: Guanajuato.

Ya contando con veinte mil hombres, el caudillo insurgente intima rendición á Celaya, amenazando con pasar á cuchillo á los setenta y ocho españoles prisioneros que lleva, si los de esa villa no abren sus puertas... En vano como en San Miguel hubo un proyecto de defensa; todos anonadados ante las enormes masas cedieron, y el ejército de la Independencia entró solemnemente en Celaya el 21 de Septiembre, ante la gritería de la plebe aclamando á los jefes de la revolución, victoreando la Virgen de Guadalupe.

Las muchedumbres se desbordaron por calles y plazas, sin freno, en el vértigo que les producía verse dueños y vencedores de los amos españoles, sobre cuyas casas cayeron, ejerciendo sus venganzas, abandonándose al pillaje. Y fué necesaria la terrible energía de Allende para contener aquellos infelices que principiaban con ferocidad la campaña nacional, dando pretexto á las horrendas represalias de los realistas....

En Celaya llegó á ser ya imponente el ejército, teniendo más armas, pólvora, carros, provisiones, caballos y plata acuñada y en barras, contando también con los nuevos jefes y empleados de importancia, que siendo americanos se le habían agregado.

Ante su ejército, el nuevo ayuntamiento y una muchedumbre inmensa de pueblo fué aclamado Hidalgo como

Capitán general de los ejércitos de América, siendo Allende Teniente general.

Semiorganizado aquel inmenso enjambre de gente entusiasta, más ó menos mal armada, dispuesta en grupos, con jefes nominales apenas, rodeado el conjunto de unos centenares de verdaderos soldados, arrastrando carros pesados y conduciendo en montón, víveres botín y parque, parten de Celaya el 23, recibiendo cada instante más numeroso contingente humano, llegando á acantonarse en Salamanca é Irapuato, donde Allende trabaja por hacer el milagro de convertir en Ejército las masas tumultuosas y febriles.

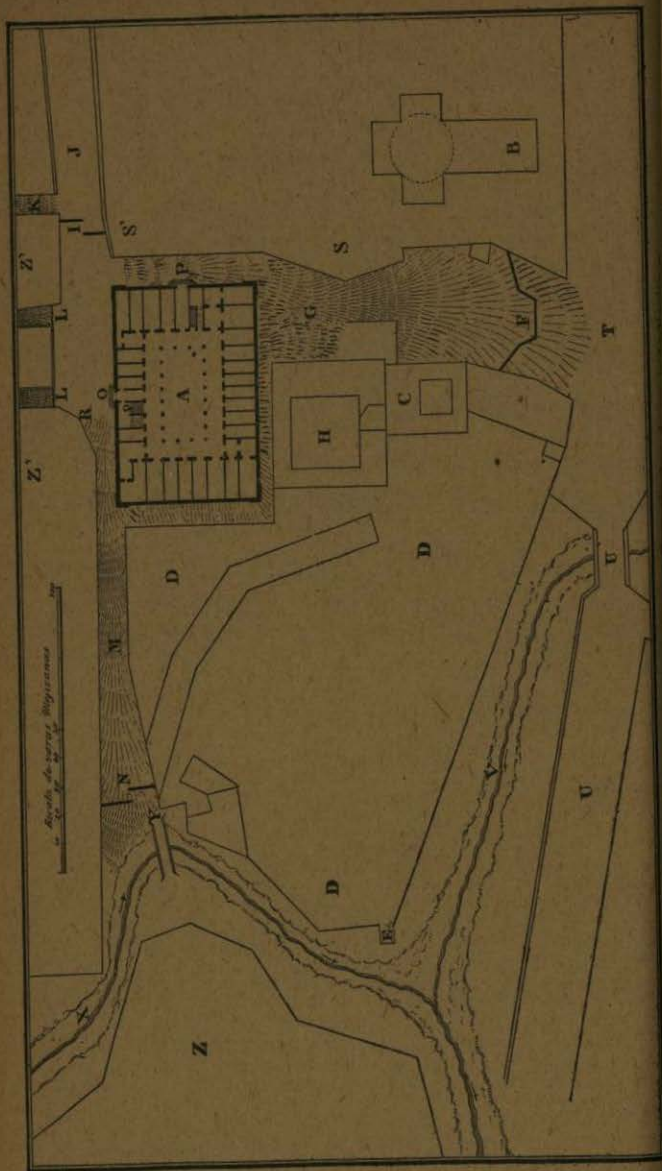
Hidalgo, más fatalista, confiado en la majestad de su causa y en su triunfo definitivo, hacía demasiado con levantar el estandarte de la Virgen de Guadalupe, llamando á las armas, contra los opresores, á los mexicanos que quisieran ser libres!

Las compañías del Regimiento del Príncipe, de guarnición en aquellas villas, pasaron al ejército de la Independencia, que majestuosamente acampó el día 28 en la hacienda de Burras, á seis leguas de la opulenta Guanajuato, una de las capitales más ricas y pobladas del reino de la Nueva España.

Del 16 al 28 el cura Hidalgo había recorrido triunfal etapa en el mismo corazón del país, en son de guerra, haciendo surgir de la nada miles de hombres armados, que á la sombra de venerando Estandarte irían á las batallas.... Aún no se había disparado un solo tiro en combate alguno...; Aún no corría la sangre en aquella campaña!...







*Explicación del Plano de la Alhóndiga de Granaditas y sus inmediaciones en la Ciudad de Guanajuato.*

- A. — Edificio de la Alhóndiga.  
 B. — Convento de Belem.  
 C. — Casa de la Hacienda de Dolores.  
 D. D. D. — Patio y oficinas de esta Hacienda.  
 E. — Noria de la misma, situada en el confluente de los dos rios.  
 F. — Trinchera situada al pie de la cuesta de Mendizábal.  
 G. — Esta cuesta.  
 H. — Casa que fué de Mendizábal, que dió nombre á la cuesta.  
 I. — Trinchera de la calle de los Pocitos.  
 J. — Esta calle.  
 K. — Subida á las minas, ó de los Mandamientos.  
 L. L. — Diversas bocacalles que se tapiaron.  
 M. — Bajada al rio de Cata.  
 N. — Trinchera que la defendía.  
 O. — Puerta principal de la Alhóndiga, única que quedó abierta.  
 P. — Puerta lateral que se cerró con mampostería.  
 Q. — Salida á la azotea de la Alhóndiga.  
 R. — Ventana desde la cual un soldado de Celaya mató al intendente.  
 S. — Campo santo de Belem.  
 S. S'. — Callejones llamados los cañitos de Belem.  
 T. — Calle de Belem.  
 U. — Puente y Calzada de Nuestra Señora de Guanajuato.  
 V. — Río de Guanajuato que baja del Monte de San Nicolás.  
 X. — Río de la Cata.  
 Y. — Puente que se llamaba de palo y que después se ha construido de piedra, comenzando en él el camino nuevo de Marfil, sobre los cerros á la derecha del rio.  
 Z. — Hacienda de Granaditas y barrio de Tepetapa.  
 Z. Z'. — Cerro del Cuarto cubierto de casas, que dominan á la Alhóndiga.  
 \* — Lugar en que murió el mayor Berzabal.